



VOL: AÑO 3, NUMERO 7-8

FECHA: MAYO-DICIEMBRE 1988

TEMA: REFLEXIONES SOBRE MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD

TITULO: **Posmodernidad: La frase y su finitud**

AUTOR: *Raymundo Mier* [\*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

¿Como se podría resumir en una fórmula única el pensamiento de una época de transición que todavía busca su rumbo y no logra poner en sus ideas el orden y la armonía propios?

León Blanchet

TEXTO

## 1. Posmodernismo: el equívoco y el escándalo

La discusión contemporánea sobre postmodernismo adquiere rápidamente la fisonomía de un juego de lenguaje equívoco: la sola alusión al nombre parece despertar imágenes abigarradas, prestidigitaciones, espectros carnalescos; posmodernidad incita a la evocación de lo extravagante; las imágenes que convoca admiten la comodidad de la síntesis. Se conjuntan en una denominación general fenómenos surgidos de las más diversas esferas. Nada menos "posmoderno" que esta imagen de la posmodernidad que puede llegar a figurarse el pensamiento desconstruccionista [1] como un compendio, un síntoma y una advertencia elíptica de las condiciones de la historia contemporánea, para entonces hacerla equiparable a la música de Talking Heads, o bien que reconoce en la lectura de Nietzsche por Foucault la prefiguración y la captura conceptual de la plástica de Andy Warhol; una imagen que llega incluso a considerar como equivalentes las investigaciones sobre los objetos fractales de Mandelbrot o los ensayos de Barthes y la película American Graffiti de Lucas o las técnicas de montaje del despliegue visual de la publicidad en la pantalla de televisión. Precipitadamente lo posmoderno designa, para algunos, una provocación insustancial, una añoranza menos ingenua que infortunada y ascética de las vanguardias, una adopción anacrónica de los desplantes exuberantes, una transgresión siempre más escénica que disruptiva de las categorías establecidas; ese punto en el cual los géneros se desdibujan para dar lugar a algo todavía incierto en cuanto a su espacio propio, acompañando esto con un gesto de desencanto ante los valores establecidos, pero también con una promesa pretenciosa de depuración de los girones metafísicos que legitiman la dominación contemporánea.

"[posmodernismo y postestructuralismo] sugieren que la "era moderna" se vuelve rápidamente una cosa del pasado, que los valores de esta época eran esencialmente ilusiones metafísicas y homocéntricas, y que la nueva época de la posmodernidad estará libre de tales ilusiones, o que quizá, en un sentido nietzscheano, se convertirá en una época de vana ilusión, porque los dualismos metafísicos hipócritas e inhibidores de

'verdad' y 'falsedad', 'bien' y 'mal', 'realidad' e 'ilusión' habrán sido superados y predominará el juego de la 'diferencia'" [2].

Para la crítica periodística o profesoral (Wolin, Jameson, Habermas), la palabra 'postmodernismo' encierra, bajo otra formulación, el restablecimiento de las ilusiones positivistas del destierro de la metafísica, la negación de la modernidad, la promesa insospechada de un mundo privado de la metafísica a cambio de la implantación 'idílica' de la dilapidación de la diferencia. Por supuesto estas obras no escatiman la generosa atribución de nihilismo a los pensadores calificados como "postmodernos".

A estos enunciados que engendran proximidades, que disipan heteronomías, que congregan bajo un mismo denominador contornos diferenciados, se ha asociado, con no menos precipitación una orientación política y una vocación ahistórica. Jürgen Habermas no tiene reservas al escribir:

"Los "jóvenes conservadores" recapitulan la experiencia básica de la modernidad estética, afirman como propias las revelaciones de una subjetividad descentralizada, emancipada de los imperativos del trabajo y la utilidad, y con esta experiencia salen al mundo moderno. Sobre la base de las actitudes modernistas justifican un antimodernismo irreconciliable. Relegan a la esfera de lo lejano y lo arcaico los poderes espontáneos de la imaginación, la propia experiencia y la emoción. De manera maniquea, yuxtaponen a la razón instrumental un principio sólo accesible a través de la evocación, ya sea la fuerza de voluntad o la soberanía, el Ser o la fuerza dionisiaca de lo poético. En Francia esta línea conduce de George, a través de Michel Foucault, a Jacques Derrida" [3].

El trabajo filosófico divergente de los pensadores franceses, la inscripción política de estas reflexiones en los diversos movimientos de emancipación de las minorías, en las cárceles, en los hospitales psiquiátricos, en el sustento de las reivindicaciones homosexuales y feministas, queda reducido a la primacía de una semejanza escolástica y a la ferocidad de una síntesis.

Ya Barthes -ese pensador "postmoderno", como los ensayos de Montaigne o los textos de Rebelais o la novela de Lawrence Sterne- había entrevisto el destino de la polémica escolástica:

"el discurso del profesor está señalado por este carácter: que puede (o pueda) ser resumido (es un privilegio que comparte con el discurso parlamentario)" [4].

Barthes formula aquí una regla de argumentación: la displicencia ante la letra, el desapego ante la naturaleza argumentativa del pensamiento expuesto, ante la escritura y la singularidad de los estilos, para hacer posible su reconstrucción según una mirada que depura, que enlaza esos enunciados múltiples cuyas fuerzas ofrecen tensiones divergentes -la escritura y la exposición al margen de la cátedra hace irreductible la secuencia de incitaciones, invocaciones que se incorporan a la demostración y a la mostración de lo admisible, o incluso intimidaciones, redundancias o disgregaciones de la exposición- para reconocer el núcleo indeclinable de una secuencia de frases.

Para el discurso profesoral de estos críticos, la reflexión de Lyotard o de Derrida es también profesoral, se le puede resumir en pocas palabras.

Ese impulso de reducción política de un régimen de argumentación a un enunciado sintético se aprecia también en otros ensayos norteamericanos y franceses que dejan al descubierto sus reticencias y suspicacias respecto a ese universo abigarrado conformado por su propia mirada reductiva. Wollen formula ejemplarmente:

"En estos textos [Las palabras y las cosas, de Foucault y "Los fines del hombre" de Derrida], las "afinidades electivas" entre el postestructuralismo y el postmodernismo son traicionadas por el deseo común de liberarse del peso de una individualidad responsable y autónoma; lo que surge así es una celebración "en familia" del "fin de la historia" concebida simplemente como una prolongación del nuevo "yo", amorfo y libidinal" [5]

Por obra y gracia del resumen, Foucault y Derrida comparten los mismos presupuestos filosóficos; sus reflexiones, al desbordar algunos principios generales que la academia ha atribuido al "estructuralismo", pasan a formar esa nueva corriente: el "postestructuralismo", sin otro perfil que un rasgo negativo. Pero la reducción no termina en este punto. Era preciso otro movimiento: encontrar las "similitudes" entre las reglas de construcción de un pensamiento filosófico y una serie innumerable y dispersa de manifestación estéticas -instituidas y erigidas en autoproclama de "voluntad de ruptura". Esta voluntad se aliaba a gestos dispersos que acompañaron a algunas manifestaciones estéticas: arte mínimo, minimalista, pastiche, y que fueron incorporados en distintos momentos y con suerte diversa en las grandes industrias culturales. Su condescendencia ante los campos normados del mercado estético admitió entonces un signo político que se desdibuja a medida que los criterios estéticos buscan legitimidad en las condiciones narrativas que emergen de universos de discurso por completo heterogéneos y obedecen a su vez a otras reglas de formación: el discurso académico, el discurso masivo acerca de las líneas cardinales de la política, las resonancias que se desprenden del discurso científico a través de los distintos procedimientos de divulgación. Se exhuman o reconstruyen, según los criterios convencionales, filiaciones, fidelidades y simpatías. La academia asumió su impotencia frente a la diversidad: la convirtió en desplante. Exacerbó su delirio taxonómico: hizo de las incontables diferencias el signo y el testimonio de su identidad. Esa fantasía de Borges acerca de la capacidad de alguna enciclopedia china para integrar en una misma taxonomía el espectro inconmensurable de lo diverso, que tanto hizo reír a Foucault, esa incapacidad de la enciclopedia para pensar esto (Foucault) retorna como una vocación irrisoria en el caso de la polémica sobre el "posmodernismo". Ese texto donde leemos: "los animales se dividen en a) pertenecientes al emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel de finísimo pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas" [6] parece la mimesis fantástica y sugerente de las taxonomías que definen el posmodernismo y cuya sola gracia es la precipitación que erige intrincados y voraces catálogos que figuran las galerías impacientes de los dogmas.

La interrogación filosófica de Derrida formulada a la tradición fenomenológica en sus distintos avatares -desde la Fenomenología del Espíritu de Hegel, hasta la edificación del sujeto trascendental en Husserl, que trata de revelar los fundamentos metafísicos de una unidad del hombre, y por consiguiente de una unidad de la historia, ambas sustentadas sobre la condensación semántica que confunde un presupuesto teleológico (el fin como 'finalidad') y un presupuesto ontológico (el fin como "finitud"); sin revelar las reglas que permiten pasar de un orden de reflexión al otro [7]-, se hace legible, en los comentarios de la academia, como un intrincado tapiz de perfiles sobrepuestos, de apariciones contingentes recobradas por la pasión decorativa de las "nuevas filosofías".

Por otra parte, el escándalo suscitado por el 'fin del hombre' no deja de ser una reminiscencia de un régimen normativo impuesto a la propia reflexión filosófica; régimen ya interrogado y sometido a la crítica desde la implacable reflexión kantiana. En efecto, Derrida advierte la presencia de esta condición primordial de rechazo de la reducción antropológica de los juicios normativos ya en los escritos del propio Kant:

"En el momento en que Kant quiere pensar algo como el fin, el fin puro, el fin en sí, debe criticar, en la Metafísica de las costumbres, el antropocentrismo. No es posible deducir los principios de la moralidad a partir del conocimiento de la naturaleza de un ser particular llamado hombre. 'Ahora bien, tal metafísica de las costumbres, completamente aislada, que no está mezclada de antropología, ni de teología, ni de física, ni de hiperfísica, y todavía menos de calidades ocultas (que podríamos llamar hipofísicas), no es solamente un sustrato indispensable de todo conocimiento teórico de los deberes definido con certidumbre, es incluso un desideratum de la mayor importancia para la realización efectiva de sus prescripciones' (Kant)" [8].

La mirada escandalizada ante 'el fin del hombre' se desentiende de las regulaciones argumentativas del trabajo filosófico, se alimenta de la literalidad de las palabras (paradójicamente, ese escándalo recurre para su salvaguarda a ese rasgo tan "culpablemente" postmoderno: la fragmentación del texto, la suspensión de las reglas argumentativas que lo rigen, su inclusión en reflexiones completamente heterogéneas respecto de las que ampararon su formulación original, sólo que la reflexión "postmoderna" suspende esas reglas para explorar los límites de las condiciones de validez de un universo de prescripciones que pesan sobre el género del texto, su lectura, su comprensibilidad: hablar de 'el fin del hombre' abandona el territorio de la filosofía para convertirse en una restauración inadvertida de un idilio sin cuerpo, un idilio de una fugacidad reiterada, una fugacidad que ampara el idilio bajo la paradoja de la repetición, la fugacidad parece encarnarse al mismo tiempo en proyecto, en bruma y en testimonio de un desencanto; en virtud de su traslación a regiones -los enunciados histórico-políticos- donde la significación es inventada según otras prescripciones, esa frase se orienta hacia un objeto reconocible, presentable: el hombre; la palabra gira para asumir una calidad descriptiva, es leída como la narración empírica del desplazamiento de los hombres suscitado por la informatización de la sociedad. La reflexión filosófica centrada sobre la vigencia de la metafísica se traslada al campo de las descripciones factuales: la disolución de "el hombre" como concepto, como idea cardinal sobre la que confluyen las figuras narrativas de la "grandeza de la epopeya humana" (Lyotard) ha sufrido una transmigración "indecente": 'el hombre' se convierte en una palabra sin genealogías, sin historia. El eclipse del "humanismo" se convierte en aval del sometimiento de los hombres reales por la maquinaria técnico-burocrática, se convierte en la imagen especular de la degradación de las calidades humanas en el seno de la racionalidad tecnológica. Este paso vertiginoso de un universo de lectura a otro, sin la incorporación explícita de una reflexión acerca de las reglas de argumentación que rigen la legitimidad de los nuevos enunciados admite inconscientemente, para Lyotard, el régimen propio de legitimidad de la sociedad moderna: amparada en el determinismo y en el imperativo de la eficacia. Esa proclividad a la traslación irreflexiva entre diversos dominios de frases es el sustento mismo de la racionalidad burocrática.

## 2. El posmodernismo y la paradoja del tiempo

Hablar de la posmodernidad es de inmediato ceder a la tentación de admitir una serie de paradojas.

Una paradoja es la del tiempo: hablar de los orígenes de lo posmoderno es en sí mismo un abandono de las perspectivas que han orientado el pensamiento llamado posmoderno y el mismo tiempo es su condición ineludible.

La imagen de la posmodernidad es, en la palabra misma que le nombra, una yuxtaposición: "post/modernidad" no hace referencia a un más allá de la modernidad, no es un calificativo que insinúa una sucesión. Esta palabra es un paragramatismo, una amalgama de girones verbales que desiste de la reacción gramatical: una metáfora

surgida de una adyacencia, de una serialidad, de una convivencia irreparable de partículas de lenguaje cada una de las cuales reclama su propia lectura; su convergencia está hecha de consonancias; los pliegues de la metáfora recobran la irrepresentable coincidencia de los ritmos que fundan la significación, de las series de tiempo que señalan también la cortedad de nuestras anticipaciones, que resguardan la irreconciliable lógica de lo habitable ante la implantación inhabitable del futuro. La palabra 'posmodernismo' restaura otras lecturas: el espíritu de irrisión de las insinuaciones lógicas de L. Carroll; es en efecto una palabra valija cuyo vórtice es precisamente un nudo ante el tiempo [9], es la intensificación de la paradoja que admite en la disolución de la discontinuidad temporal, la afirmación de la violenta ruptura que ineludiblemente lo acompaña. De ahí la inextricable polisemia de este nombre, su evanescencia. Toda discusión sobre lo posmoderno comienza y, casi podríamos asegurar, culmina en una vaga diseminación de las argumentaciones en torno de un archipiélago semántico, cuyos suelos comunes se arraigan en profundas incertidumbres. Posmodernismo, como toda palabra valija, irrumpe en el seno mismo de las denominaciones para mostrar la precaria validez de los arraigos verbales, de los inveterados nominalismos filosóficos. Los sentidos de la palabra 'posmodernismo' escenifican la exacerbación del nominalismo que padece nuestra escena política y nuestro paisaje filosófico [10].

No hay comienzo catastrófico de la posmodernidad: no es la inversión o iluminación súbita de actos estéticos cuya historia permaneció ignorada. Es posible admitir otras consideraciones sobre lo posmoderno que divergen cardinalmente, por ejemplo de las planteadas por Jameson:

"las rupturas radicales entre períodos no suelen conllevar cambios completos de contenido, sino más bien la reestructuración de cierto número de elementos ya dados: rasgos que en un período o sistema anterior estaban subordinados, se vuelven ahora dominantes, y rasgos que habían sido dominantes se hacen secundarios." [11]

La perspectiva de lo posmoderno, en la interpretación de Lyotard, rechazaría esta mecánica combinatoria, donde no hay surgimiento de lo inesperado, donde priva una concepción absolutamente determinista de la transformación histórica. En su prisa por privar de todo carácter disruptivo a la interrogación contemporánea sobre la constitución de la legitimidad de los procesos estéticos, morales, históricos y políticos, Jameson cede a la facilidad de plantear una visión sistémica trivial de la transformación de los universos normativos. El posmodernismo, es posible leer en el texto de Jameson, es una mera variación estructural de la modernidad: una nueva etapa que encubre una identidad profunda con los ordenamientos que lo antecedieron.

Por el contrario, sería posible advertir en los pensadores del llamado posmodernismo la sugerencia de que la interrogación acerca de los juicios de legitimidad están diseminados en el vasto territorio de la reflexión: es un gesto más que una conformidad, es una irrisión, una irrupción, un impulso más que una perseverancia, una mirada súbita, no a un acto pasado, sino a las circunstancias que lo hicieron visibles o bien lo disiparon. La mirada posmoderna desdice la condescendencia entre destino y sucesión, entre desenlace e impulso; hace de estos pares líneas cuya incidencia es más la tarea del azar que una identidad de naturaleza. Todo enlace, toda resonancia, toda propagación admite la adherencia de girones inadvertidos, de residuos que gravitan sobre la transparencia de los hechos hasta convertir su perfil en un contorno sorpresivo. El destino se trastoca en la afortunada consonancia de series de objetos, de testimonios, de relatos: una serie hecha de residuos, de materia de objetos desprendidos. La serie es el encuentro aleatorio de acontecimientos, irrupciones que, a partir de entonces, se responden entre sí, es una concatenación cuya tenacidad resulta incalculable y, a su vez, irreversible.

Para Lyotard el ensayo, en particular el texto de Montaigne, es posmoderno. Se trata de poner en entredicho esta consolidación de una visión que ha conformado como fundamento de la reflexión sobre los órdenes políticos, simbólicos, estéticos, la noción misma de sistema, que acarrea la primacía de una concepción determinista de la causalidad.

### 3. Las pendientes verbales: el uso de 'posmodernidad'

#### 3.1. El nombre como figuración

El origen del pensamiento posmoderno no tiene fecha. Los perfiles que ahora exhibe se han dado como una sucesiva congregación de índices dispersos, de incidentales interrogaciones sobre el campo de las certidumbres adquiridas, de fracasos casi inadvertidos e inadmitidos en el campo de los objetos transitorios imaginados por la razón científica. Este punto de confluencia ha reclamado sólo atisbos, lucidez, incluso la fatiga ante la reiterada promesa de totalidad de la razón determinista y sus efectos políticos: desde la restauración de lo sagrado en la nevadura misma del régimen verbal de la ciencia, hasta el sustento oblicuo de la razón burocrática en las tecnologías del comportamiento.

La palabra posmodernidad es bifronte y cada uno de sus rostros muestra distintos universos también antagónicos: posmodernidad como el nombre, la descripción de una nueva calidad de los órdenes colectivos: de la gravitación impaciente de las ciudades sobre los hábitos apenas admitidos de sometimiento de los actos, de la ritualidad ínfima y diseminada de las nuevas comunicaciones masivas, de la imaginación científica o de la sedimentación de las capacidades tecnológicas sobre la reticencia de los cuerpos y la dilución del tiempo y del recuerdo por la anticipación tecnológica del orden burocrático. Este uso parece conducir la mirada norteamericana. La palabra 'posmodernismo' designa, en este sentido, la paulatina difuminación de los linderos entre mundos antes delineables con cierta nitidez. Frederic Jameson enumera una retahíla de estos claros oscuros atenuados: la compenetración entre la arquitectura monumental y la desidia utilitaria y espectacular de los espacios y hoteles de Las Vegas, la fusión de rasgos que despliegan en una misma composición musical la desolación armónica de Talking Heads o la sonoridad de John Cage, la obra de Warhol. El posmodernismo es el nombre de un paisaje inadvertido cuyo rostro es la culminación de una vasta e imperceptible síntesis de lo habitual, esa síntesis es también una reacción, tal vez un desencanto y una disrupción; el nombre de 'posmodernismo' reclama una figura, una imagen: señala regiones, deslizamientos, nuevas orografías a partir de cuyas formas se adivina el trabajo de una negatividad ascendente. Esta negatividad es, no obstante, el tono violento de la modernidad.

De ahí que para Jameson, 'posmodernidad' describe un estadio, un período que emerge, es el signo de un juego de invenciones aún irresueltas pero ya dotadas de una fisonomía irremplazable. [12]

#### 3.2. La derivabilidad del razonamiento científico

No obstante, la palabra 'posmodernismo' cobra, en otros textos, una fuerza distinta, designa no una situación sino una condición, desiste de la referencia, del impulso descriptivo del lenguaje para recuperar su exaltación reflexiva. En la obra reciente de Lyotard, entre otros, la palabra 'posmodernismo' puede ser leída como la condición de cierta calidad enunciativa, cierta fuerza de diseminación que habita la movilidad de las interpretaciones. La palabra recobra su opacidad: no admite ya una transparencia descriptiva. Su vocación intacta para recobrar los perfiles de lo real cede ante el desdoblamiento de la palabra en una materia múltiple: la metáfora lo impregna todo. En

esta exacerbación de la calidad metafórica del lenguaje se engendra, tal vez paradójicamente, una restauración de la mirada que atiende a la exactitud intempestiva de las palabras, a sus tiempos, a la oportunidad de su emisión, a sus hechuras, a la singularidad de sus resonancias. Lo que Nietzsche reconoció como el límite de la metáfora, su exhibición de lo enigmático, hace patente el precario vínculo de la designación: el lenguaje cesa de ser "descriptivo". La existencia misma de la palabra basta para interrogar la fidelidad de esta descripción. Suspendida esta relación entre la palabra y la realidad queda la reflexión sobre los límites de lo decible: la interrogación sobre el lenguaje se trastoca en exploración del campo de reglas, de normas que hace posible esa interpretación.

De ahí tal vez este retorno a la tercera crítica de Kant. La crítica del juicio, y de la filosofía tardía de Wittgenstein en esta exploración de las condiciones postmodernas. Estos textos, tan alejados tanto en el tiempo como en su posición en distintas tradiciones filosóficas,

"son los epílogos de la modernidad y los prólogos de una postmodernidad honorable. Corroboran el declive de las doctrinas universalistas (metafísica leibniziana o russelliana). Interrogan los términos con los que esas doctrinas pretendían zanjar las desavenencias (realidad, sujeto, comunidad, finalidad)." [13]

Dos puntos irremplazables en la discusión sobre la postmodernidad son la concepción wittgensteiniana sobre los juegos del lenguaje y el problema kantiano de la presentación.

Lo posmoderno no sería entonces un conjunto de enunciados descriptivos sino una transformación en los regímenes de enunciación y una exploración de los usos, los hábitos, las generalizaciones que hacen reconocible cierta cohesión en las construcciones seriales de enunciados. Es una y otra vez cierta devoción, cierta asiduidad a la extrañeza ante la plenitud aparente de ciertos enunciados, a sus pretensiones irremontables. Es la tensión límite del horizonte pragmático del lenguaje.

La investigación filosófica de Wittgenstein acerca de los juegos de lenguaje hace visible la heterogeneidad de la trama de los discursos: cada frase, cuando afirma o demuestra, cuando prescribe o anticipa, cuando advierte o denuncia recurre a condiciones a juegos particulares del lenguaje, define para sí y desde sí universos cuya validez parece situarse en el interior de territorios acotados.

Esta distancia que separa los diversos juegos de lenguaje, deja entrever en Kant -según la lectura de Lyotard- una gravitación particular en el surgimiento y la implantación de un orden moral, en la consolidación de una legitimidad peculiar para un régimen de enunciados. Instauro con ello una credibilidad, alguna convicción. Las frases cognitivas involucran un objeto representado, una huella, una particular figura de la sensibilidad o su recuerdo, su invención:

"Cuando se trata de las frases de la razón teórica, que son descriptivas, cognitivas, la deducción de los principios que rigen su formación, si no puede hacerse especulativamente a partir de "fuentes a priori del conocimiento" (como lo cree el dogmatismo), puede por lo menos recurrir a ese subrogado (Crítica de la razón práctica, p. 73 ), a ese expediente que es la experiencia." [14]

Las frases normativas se erigen sobre un vacío de objeto; en ellas la significación no puede recurrir a los residuos de alguna percepción, a las reglas de presentación de una prueba. Kant -afirma Lyotard- reconoce el círculo que engendra la legitimidad de las frases prescriptivas. Recurre a un pasaje enfático de la segunda Crítica:

"Así, pues, -escribe Kant- la realidad objetiva de la ley moral no puede ser demostrada por ninguna deducción, por ningún esfuerzo de la razón teórica, especulativa o apoyada empíricamente, y, por tanto, aun si se quiere renunciar a la certidumbre apodíctica, no puede ser tampoco confirmada por la experiencia, y demostrada así a posteriori; sin embargo, se mantiene firme sobre sí misma." [15]

Las sociedades contemporáneas admiten nuevas conjugaciones de estos regímenes de frases en los que parece restaurarse, narrarse una experiencia y, no obstante, esa pretensión de veracidad es el gesto equívoco de una norma, de un imperativo. Se hace posible el paso, casi inadvertido, de la descripción a la prescripción; sólo que este desplazamiento de un universo a otro involucra necesariamente una forma singular del olvido: un olvido del objeto que designa el lenguaje. Se trata de un olvido que funda, no obstante, un juego mimético: convertir lo inconmensurable en momentos diversos de lo mismo.

En Lyotard el postmodernismo parte de la evidencia de una transformación en los regímenes de construcción de las frases.

El discurso científico ha expropiado y sometido el régimen colectivo de la noción de verdad. Esto ha tenido insospechadas consecuencias: la mimesis argumentativa, la mimesis pedagógica derivada de las anteriores. Las figuras de la derivación como formas de legitimidad y de violencia.

#### 4. El posmodernismo como mirada y como perversión

Foucault había advertido ya [16] este vínculo estrecho entre la mirada irreconocible que se posa sobre los objetos para imponerles otra fisonomía, para reconocer en ellos anfractuosidades, morfologías minuciosamente olvidadas, esos bordes de edades conjeturables y olvidadas, huellas invisibles del objeto que, no obstante, adquieren las proporciones y la vocación de la epidemia: van corrompiendo paulatinamente lo ya visto, van degradando lo admisible, van deformando los vínculos, las explicaciones; se extienden inusitadamente incluso a aquellos cuerpos cuyo deterioro había parecido insoportable. La incertidumbre de Heisenberg corría a través de los hilos del razonamiento físico; lo desbordó para impregnar las zonas más firmes del imperio de la física. La áspera discusión sobre la primacía del determinismo en el dominio de las ciencias, intensificadas a partir de las propuestas de Heisenberg y de sus repercusiones, y que todavía siguen suscitando polémicas en ocasiones violentas e irresueltas [17] no han dejado intactas las edificaciones institucionales y normativas de la ciencia hoy contemplada como legítima. Tampoco han dejado de afectar, cuando menos en ciertos ámbitos de reflexión, la credibilidad de las convicciones de la tecnología, arrumbadas cada día; y han estimulado, por el contrario, la reflexión acerca de los procesos colectivos que han otorgado su validez a las pruebas y garantías capaces de implantar dicha credibilidad.

Sin duda se trata entonces de una nueva forma de mirar. Solo que la mirada posmoderna es también una exploración de la evocación y del recuerdo, de las adherencias, de los ribetes ínfimos: es una inmersión en las fisuras desatendidas que se precipitan en la trama de los enunciados incuestionados. Para el posmodernismo no hay transgresión, la desviación es distancia, es desfallecimiento de la cohesión: esa extinción de la regla de encadenamiento revela también las vacilaciones de la legitimidad de un lenguaje y sus objetos. Tiene la fisonomía de una reivindicación no sólo discursiva, sino esencialmente política. Es tal vez este acento sobre la "recuperación", la "mirada retrospectiva", el recuerdo, lo que ha suscitado el calificativo de retrógrado o conservador a este pensamiento. Sólo que esta mirada retrospectiva no parece involucrar una voluntad de



restauración, una inmovilidad: es una mirada esencialmente incisiva. "Desconstrucción" es una palabra con frecuencia asociada a este desvío de la mirada hacia el pasado.

Lo posmoderno es también otra "voluntad de historia". Esta relación del posmodernismo con los enunciados históricos ha sido también objeto de múltiples lecturas. Jameson parece representar nítidamente las líneas de tensión que atraviesan cierta postura académica "progresista" frente a los textos "posmodernos". Su interpretación está orientada a mostrar la existencia de una adecuación entre las características del capitalismo tardío -caracterizado por el lugar preponderante del consumo y la expansión multinacional- y el pensamiento "posmoderno". Esta adecuación se orienta según una dimensión privilegiada:

"la desaparición de un sentido de la historia, la forma en que todo nuestro sistema social contemporáneo ha empezado poco a poco a perder su capacidad de retener su propio pasado, ha empezado a vivir un presente perpetuo y en un perpetuo cambio que arrasa tradiciones de la clase que todas las anteriores formaciones sociales han tenido que preservar de uno u otro modo." [18]

Esta lectura sobre el eclipse de un sentido de la historia, parece contraponerse a otra lectura posible cuyos matices son divergentes o incluso antagónicos a los procedimientos de legitimidad impuestos por el centralismo burocrático en ascenso. En efecto, si aceptamos con Lyotard que la historia se despliega a través de enunciados cuya regla de cohesión se suscita al margen de toda presentación de objetos a la intuición, si asumimos este vacío de enunciados cognitivos que atraviesa los lenguajes de la historia, será preciso admitir que el sentido de estos enunciados tiene una validez local, carece por completo de universalidad. De ahí la absoluta vacuidad de un sentido unívoco para la serie de frases que constituyen la representación local de las historias. De lo cual sólo se puede desprender con premura la imagen de un presente perpetuo, de un desvanecimiento de la memoria, de una pérdida paulatina de la densidad de la experiencia colectiva. Lo más que se puede concluir es la singularidad de los procesos de formación, de legitimidad, de validez de esa memoria; la necesaria finitud y traslación de su materia, la fusión que involucra el enunciado histórico con otros juicios -estéticos, normativos e incluso cognitivos- como recursos para conseguir la legitimación circunscrita a la amplitud de la validez pragmática de un régimen de formación de enunciados.

La reflexión posmoderna ha sido calificada como "nostálgica". Se la ha equiparado con la moda "retro", profusamente difundida por la industria cultural en los países "postindustriales". Esta es una lectura parcial de un gesto que se desprende de la degradación del idilio determinista de las ideologías de la historia y de los regímenes de legitimidad de la reflexión científica. La bancarrota del determinismo y el desdoblamiento del discurso histórico hacen inadmisibles el primado de la prospección: la verdad del augurio es improbable, la mirada que enfrenta lo que advendrá no escapa a la controversia. El rechazo de encontrar en el futuro la verdad adivinada por los saberes legítimos del presente parece equiparable, para algunos, a la veneración del pasado. La reflexión posmoderna se vuelve también hacia el pasado, pero no como una nostalgia de lo ocurrido, sino de una súbita reconsideración de lo inadvertido. Es, en cierto sentido, una exaltación de lo evidente, de lo obvio, de lo siempre ahí, sólo que en una posición extraña: a la vez excluida y presente, invisible y ofrecida a la mirada, desestimada y a la vez condición de contraste de los universos de valores aparentemente incontrovertibles. No es extraño que Lyotard en un libro que marca significativamente la irrupción de esta mirada "posmoderna", advierta que en el escandaloso -inverosímil- libro de Mandelbrot donde se exploran deliberada y placenteramente esos objetos siempre presentes en el orden de la reflexión formal, pero frente a los que se ha tenido siempre una mirada reservada: los objetos "fractales", se acompañe el texto con una lista de grandes matemáticos cuya obra

permaneció relativamente ignorada -en todos los sentidos de la palabra- por su entorno por ceñirse rigurosamente a esos objetos sin perfil a los que se destina la sospecha y la desidia de las infatigables academias.

Esta mirada "retrospectiva" encuentra los trazos divergentes de una razón que emerge a contrapelo de los modelos extensivamente admitidos en el orden de la racionalidad científica contemporánea. Esta razón interroga, sin admitir las réplicas convencionales que llevan de la descalificación a los juicios de inexistencia respecto de los fenómenos advertidos y de los paralogismos que involucran respecto de las aproximaciones consagradas. Las luchas en torno de la pieza inexpugnable del determinismo de la razón científica son tal vez el síntoma más agudo del decaimiento irrenunciable de una manera de regirse del entendimiento contemporáneo ante la súbita implantación de lo inaudito en el centro mismo de las tentativas de explicación monolíticas.

Lyotard va más allá: esta nueva manera no introduce solamente un paradigma nuevo de explicación, un juego donde la incertidumbre tiene por fin carta de ciudadanía, sino que esta nueva "legalidad" de los órdenes explicativos, dominados por la incertidumbre, extienden la disipación de las estructuras hasta ahora intactas del ordenamiento científico-técnico hasta las formas particulares de intercambio, de normatividad, de institucionalidad que atraviesan el dispositivo entero de la ciencia contemporánea. No se trata sólo de un cambio de orden explicativo por otro dentro del paradigma intachable de la excelencia de la razón: sino de la disipación de los bordes de este juego de intercambios, de discursos. Esta disipación exhibe a su vez el alcance que tiene esta racionalidad en los diversos espacios de la normatividad colectiva: su capacidad estructurante de discursos en apariencia ajenos, sus eficacias regionales en dominios heterogéneos y sin interacción recíproca aparente.

##### 5. El posmodernismo: bajo la figura de lo sublime

El regreso a Kant es uno de los paralogismos que pone en relieve la reflexión sobre lo posmoderno: el reencuentro de las fisuras del iluminismo, de las condiciones paradójicas de su vigencia, de los límites de su proyecto histórico no son propias del pensamiento "posmoderno"; aparecieron temprano en el pensamiento crítico alemán en las voces de Adorno y Horkheimer [19]. Lo que fascina en los textos kantianos es su disponibilidad a la deriva, su abandono a las incitaciones que despiertan las oscuridades de su propia escritura, su desplome en las exigencias que imponen una suspensión de los resguardos de la convención filosófica. Esa condescendencia a las oscuridades de la pasión sistémica desembocan en la esbozada anticipación de la quiebra del iluminismo reconocible ya en las exploraciones abismales de las distintas Críticas kantianas. El proyecto iluminista como un efecto de totalidad que prescinde de las desavenencias.

Lyotard regresa a la tercera crítica kantiana, la Crítica del juicio, para advertir en ella una meditación sobre la historia que surge sobre la informable determinación del vínculo entre lenguaje y objeto. Se traza aquí el borde que separa el régimen de frase propio de la argumentación científica y el que define la representación de la historia. Los universos cognitivo y prescriptivo adquieren en su convergencia en el discurso histórico una fisonomía, una argumentación, un orden particulares:

"La política revolucionaria -según Kant en la lectura de Lyotard- se sustenta sobre una ilusión trascendente en el dominio político: confunde lo que es presentable como objeto para una frase cognitiva con lo que es presentable como objeto para una frase especulativa o ética: es decir esquemas o ejemplos con análoga. El progreso de un ser común hacia lo mejor no se juzga partiendo de intuiciones empíricas, sino a partir de signos." [20]

La transición entre el dominio de la familia de frases prescriptivas y el de las frases cognitivas se da por una traslación entre figuras: del esquema al análogo, al signo que se inscribe como una idea privada de objeto presentable, una idea cuyo único sustento es el sentimiento, que aparece como única y privilegiada garantía limítrofe para la articulación del enunciado político.

La imagen que Kant despliega de lo sublime revela el tránsito que lleva de la contemplación de la naturaleza a la fascinación, más exactamente el entusiasmo ante el movimiento incontenible y violento de la Revolución Francesa.

"La imaginación -escribe Lyotard- intenta proporcionar una presentación directa, sensible, para una idea de la razón (puesto que el todo es un objeto de Idea, por ejemplo el todo de los seres razonables prácticos; no lo logra, experimenta así su impotencia, pero descubre al mismo tiempo su destino, que es realizar su acuerdo con las Ideas de la razón con una presentación conveniente. De esta relación contrariada resulta que, en lugar de experimentar un sentimiento por el objeto, se experimente a partir de ese objeto un sentimiento "por la Idea de humanidad en nosotros como sujetos" (Kant, Crítica del juicio)" [21]

No se trata de una promesa de un advenimiento de la diferencia generalizada como nuevo universo extático donde la sensación, la experiencia estética desplace la tensión irreductible del acontecimiento histórico. La reflexión postmoderna explora esos tránsitos, esas figuras de la legitimidad que aseguran el paso de los enunciados cognitivos, de los recursos de argumentación de la ciencia, a los universos sustentados sobre la lógica particular, no referencial de la prescripción, sometiendo también a este transcurso a las formas particulares que hoy ha erigido la estética.

En efecto, la disolución de la referencia, el desafío que representa para la concepción referencial de la significación la presentación de un objeto sensible como ejemplo adecuado de lo infinito, son la fuente de esa experiencia de la dualidad irresoluble: la derrota de la razón ante la totalidad como objeto inabarcable, la devastación de las pretensiones oceánicas de la designación, del conocimiento. A su vez, este fracaso alentaba la pasión admirada de la irrestricta exaltación de la Idea para forjar objetos incalificables para la intuición. Para Kant -subraya Lyotard- de esa dualidad está hecha la experiencia de lo sublime, es la vocación a la insustancialidad del lenguaje lo que subyace a la contemplación de la naturaleza y del informulable impulso de las colectividades, de su precipitación en el acontecimiento, en el acto.

La experiencia estética recobra esa exaltación de la dualidad en la vanguardia. La reflexión posmoderna encuentra el vacío de la intuición como objeto de significación de la frase estética. Si este vínculo es precisamente insostenible, si el objeto de la experiencia estética es irrepresentable, la reflexión acerca de la estética no puede sino volverse a las condiciones que otorgan validez a cierto acto, a los argumentos que los sustentan, a las frases de distinta índole que se conjugan con ella para ofrecer la culminación de un acto y un objeto admisibles, aún cuando sean por sí mismos irrecuperables, sin sentido:

"Llamaré moderno al arte que consagra su "pequeña técnica", como decía Diderot, a presentar qué hay de impresentable. Hacer ver que hay algo que se puede concebir y que no se puede ver ni hacer ver: éste es el ámbito de la pintura moderna...

"Lo posmoderno sería aquello que alego lo impresentable en lo moderno y en la presentación misma: aquello que se niega a la consolación de las formas bellas, al consenso de un gusto que permitiría experimentar en común la nostalgia de lo imposible;

aquello que indaga por presentaciones nuevas no para gozar de ellas sino para hacer sentir mejor que hay algo que es impresentable" [22]

La reflexión "posmoderna" parte de la existencia de una modalidad distinta de presentación del objeto referido por el lenguaje, para cada familia de frases: cada juego de lenguaje exige una regla distinta de validación a través de la presentación de un objeto. Para Lyotard -siguiendo a Kant- la elección de esa regla de presentación es competencia de la facultad de juicio. Por consiguiente carece por sí misma de un objeto: su vocación es la determinación de esa correspondencia entre objeto y frase, de esa referencia particular del enunciado. El objeto forjado por la intuición se presenta como la materia formada que será presentada como garantía de una frase de conocimiento. Las facultades se enlazan: lo que surge de una involucra a la otra, prefigura su universo de referencias. La facultad de juzgar conduce ese vínculo, le asigna sus claves, define sus orientaciones y sus trayectorias.

## 6. Los itinerarios de la verdad: el barroco y lo posmoderno

Una de las reiteradas acusaciones a la reflexión llamada "posmoderna" es su lenguaje multívoco, sus alusiones diseminadas a cada paso sobre el texto, el extravío de sus demostraciones en la elipsis, su hermetismo, su abandono de las normas de presentación de un texto filosófico o polémico. Se le reprocha a Foucault esa irresoluble navegación entre el discurso histórico, el acto literario, la reflexión filosófica, la exaltación política o las ironías de la polémica. Esto constituye, una vez más, otra de sus difícilmente enumerables paradojas.

La reflexión postmoderna es barroca en el mismo sentido en que las obras barrocas apuntaron inesperadamente a las condiciones de la reflexión "posmoderna": el texto "posmoderno" admite y disgrega, restaura y revoca, recobra y enrarece los rasgos más evidentes del barroco. Jean Rousset reconoce cuatro criterios básicos para delimitar la obra barroca: la inestabilidad, la movilidad, la metamorfosis y la dominación del decorado. Las formas evanescentes, precarias, la mirada multiplica sus posiciones, sus lugares, sus privilegios, el polimorfismo inventa cuerpos múltiples susceptibles a la morfología inquieta de sus juegos, el cuerpo de frases se disipa, no hay una derivación necesaria que congregate el movimiento del texto, el texto es un cúmulo de puntos, es una resonancia que se propaga en direcciones incalculables. De ahí el predominio del ensayo sobre el tratado, de la parodia sobre lo irrecuperable entendido como variación despreñada y reductible a la simetría y conveniencia de la norma, de la autorreflexión abismal y a la deriva, de la insistencia del olvido del objeto para admitir después su reaparición en un paisaje ajeno.

No obstante, la escritura llamada "posmoderna" hace irrecuperables las normas que hacían legible la escritura barroca. La institución literaria, las academias, las historias, las estéticas que se complacieron en exégesis capaces de atribuir al barroco el membrete de un estilo, que fijaron sus identidades, que vieron en su proliferación una regla recurrente, que reconstituyeron su alianza entre exuberancia, dilapidación, ritual, e insinuación de cifras arcaicas como un rasgo de identidad, las propias normas de legibilidad que fundan la eficacia de las instituciones son el objeto propio de la reflexión "posmoderna". La oscuridad surge de esta permanente reflexión de un saber, de un enunciado, de una frase sobre las reglas de su formación. La interrogación por la legitimidad involucra una recurrencia abismal de la frase que suscita nuevas frases capaces de describir las reglas que la han engendrado. Ese enlace, ese tránsito, esa reflexividad permanente entre el lenguaje y la exploración de su metalenguaje revela incesantemente la indeterminación, la relatividad, la movilidad de los enunciados, su fragilidad: transformar las reglas de enunciación involucra la movilidad incesante de los universos propios de cada género, de

cada familia de frases. Reflexionar sobre las condiciones del enunciado filosófico, sus arbitrariedades, su legitimidad, su validez es disgregar las certidumbres los objetos dejan de mantener su indeclinable fidelidad a las palabras.

"El principio de un metalenguaje universal es reemplazado por el de la pluralidad de los sistemas formales y axiomáticos capaces de argumentar enunciados denotativos, esos sistemas son descritos por un metalenguaje universal pero no consistente." [23]

Esta extinción de la exigencia de un orden consistente cede su lugar al juego incierto del paralojismo. La verdad muestra su materia contingente, su vacilación ante la interrogación acerca de las reglas que la engendran. Los islotes se multiplican: hay tantas verdades como géneros de frases dispuestos según reglas de presentación admisibles. Se transita entre estas islas precarias, en perpetuo desplazamiento. Este regreso reiterado de un enunciado sobre las reglas que instituyen sus legitimidades sin duda es análogo a la parodia: ésta mantiene invariantes los rasgos formales de un estilo, de un orden, de una prescripción pero los dota de un objeto inaudito; transgrede las convenciones de conveniencia de un objeto y las reglas formales que lo definen. La parodia es una exploración minuciosa de los límites de tolerancia de un orden. El barroco sustenta y alienta esta proximidad: la ironía, la parodia se tocan con la exacerbación, con la exuberancia, con el aturdimiento; se toca ese punto en que la regla afirma a tal grado su arbitrariedad que se disgrega, se disemina, se multiplica en islotes contiguos o antagónicos. Esta imagen conviene a la ciencia contemporánea, cuyos bordes, cuyos linderos se encuentran siempre débilmente apuntalados y en continua extenuación y restauración de sus reglas de argumentación y de validez:

"trabajar en la prueba es investigar e "inventar" el contraejemplo, es decir, lo ininteligible; trabajar en la argumentación es investigar la "paradoja" y legitimar por nuevas reglas del juego de razonamiento... Ya se ha dicho el rasgo conmoviente del saber científico postmoderno es la inmanencia, pero explícita, del discurso sobre las reglas que lo validan". [24]

## 7. Algunas consecuencias políticas

El retorno provocador a Kant -una nueva lectura que busca sobre todo en la llamada "tercera crítica" y en sus textos menores [25], no sólo una exploración de los límites del iluminismo, de sus silencios, de sus reticencias, sino esos momentos en que se engendra, en ese mismo orden textual la interrogación acerca de las condiciones de existencia de su propio discurso- acarrea, y ese es tal vez uno de los objetivos de Lyotard, una reconstrucción de las condiciones que han regido el reconocimiento y la vigencia de las reflexiones políticas contemporáneas. Lyotard no duda al subrayar en la apertura misma de *La condition postmoderne*: "[la condición postmoderna] es ajena no obstante al desencanto, como a la positividad ciega de la deslegitimación". Lyotard reconoce nuevamente la fuerza del disenso en la convergencia de condiciones normativas paradójicas:

"el saber postmoderno no es solamente instrumento de los poderes. Refina nuestra sensibilidad a las diferencias y refuerza nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable. El mismo no encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores" [26]

A partir de esta exploración de las condiciones pragmáticas de legitimidad capaces de fundar y conformar un determinado discurso, surge una proximidad muchas veces intuida, pero que suscita resonancias inquietantes: la frase estética comparte con la frase histórico-política la imposibilidad de una presentación de una referencia a la intuición. La

condición similar de las frases estética y política ha hecho surgir una diversidad de interpretaciones: desde la sospecha de una filiación nietzscheana bastante trivial que reduce la interrogación sobre los fundamentos filosóficos de la moral a una afirmación precaria sobre la primacía de los juicios estéticos: hasta una todavía más precipitada y desatenta lectura que ve en esta condición equiparable de no-referencialidad de las frases estéticas e histórico-políticas el signo inequívoco de un "nuevo hedonismo".

La perspectiva crítica que define la tentativa de algunas reflexiones hoy calificadas como "postmodernas" -sobre todo las que han surgido en el horizonte teórico francés- al orientarse no a la construcción de enunciados generales sobre la serie de acontecimientos históricos, sino a examinar las condiciones de enlace entre sistemas de enunciados que instauran la legitimidad de un sistema, hacen inaceptable todo régimen universal de validez de las diversas esferas normativas. "La sociedad por venir emerge menos de una antropología newtoniana (como el estructuralismo o la teoría de sistemas) y más de una pragmática de las partículas del lenguaje. Hay muchos juegos de lenguaje diferentes. La institución emerge de ellos como placas, es un determinismo local." [27] La resonancia política inmediata es el surgimiento de los regímenes locales de constitución de la legitimidad y los procedimientos que ponen en juego, la consolidación de las minorías y las condiciones de su preservación. El problema a dilucidar es el lugar de los procesos argumentativos en los procesos colectivos a partir de los cuales surge el consenso, sus lapsos, sus duraciones. "La invención se produce siempre en el disentimiento", escribe Lyotard. Asumir las consecuencias pragmáticas y políticas del disentimiento es admitir en la formación del consenso un proceso político y de enunciación que desborda la conducción normada de la argumentación tal como lo ha llegado a proponer por ejemplo Habermas.

Habermas parece reconocer que el proyecto de la modernidad ha culminado en la captura del vasto aparato de saber contemporáneo por un grupo de expertos; que se ha engendrado una autonomía de las prácticas artísticas, morales y científicas. Sólo que para él esta disgregación autónoma de las clases de juicios -normativos, descriptivos, etcétera- según criterios de formación hoy por completo legítimos no es un objeto de reflexión. Esta disgregación que prescribe la autonomía de los universos colectivos es un momento del proyecto modernista que es preciso salvar hacia la culminación de la apropiación colectiva de los saberes y las condiciones de la acción moral y estética. Habermas ilustra la posibilidad de realización del proyecto modernista en una observación de Albrecht Wellmer y una narración de Peter Weiz: la experiencia estética cobra un valor colectivo local, al margen de los criterios consagrados en la crítica de los expertos y se integra en los otros ámbitos de la vida.

"El proyecto [de modernidad] -escribe Habermas- apunta a una nueva vinculación diferenciada de la cultura moderna con una praxis cotidiana que todavía depende de herencias vitales, pero que se empobrecería a través del mero tradicionalismo. Sin embargo, esta nueva conexión sólo puede establecerse bajo la condición de que la modernización social será también guiada en una dirección diferente. La gente ha de llegar a ser capaz de desarrollar intuiciones propias que pongan límites a la dinámica interna y los imperativos de un sistema económico casi autónomo y sus complementos administrativos. Si no me equivoco -añade Habermas-, hoy las oportunidades de lograr esto no son muy buenas." [28]

Esta reflexión de Habermas es significativa. Para él la cultura moderna tiene una identidad, condiciones de enunciación no sólo estables sino legítimas. No obstante, su autonomía respecto de la praxis cotidiana, regida por condiciones particulares, normas históricamente consolidadas debe incidir como un elemento de desequilibrio y posterior restablecimiento de una regularidad progresista. Habermas despliega un sistema de

prescripciones que derivan de una concepción incuestionada acerca de los criterios deseables de universalidad de la cultura. Y sin embargo, incluso la adopción generalizada de ese universo normativo capaz de suplantar ventajosamente a la actual centralización de los saberes y la creciente autonomía de los dispositivos capaces de engendrar esferas normativas de validez general con un proceso inherente de burocratización, se enfrenta a condiciones adversas.

La reflexión "posmoderna" suspende el juicio sobre la bondad intrínseca de los diversos sistemas. El concepto de lo deseable del profesor Habermas surge como prescripción en ciertas condiciones que hacen admisible la comprensión de su enunciado. La pretensión universal de su régimen requiere de una legitimidad sujeta al juicio crítico, no menos que las pretensiones de universalidad de la razón de la eficiencia que se propaga en la creciente burocratización y en las modalidades distintas de despotismo que confinan a la invención a los intersticios y los confines de los sistemas culturales.

CITAS:

[\*] UAM-Xochimilco

[1] Esa expresión confortable y ambigua que se ha dado a las propuestas filosóficas de Derrida, sobre todo en la particular lectura que ha engendrado la academia norteamericana.

[2] Richard Wolin, "Modernismo versus postmodernismo", en Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, no. 473, México, junio, 1982, p. 15.

[3] Jürgen Habermas. "La modernidad, un proyecto incompleto", en V.V.A.A., La posmodernidad, Barcelona, Kairós, 1983, p. 34.

[4] Roland Barthes, *Le bruissement de la langue*. París, Seuil, 1984, p. 347.

[5] Richard Wolin, op. cit., p. 15.

[6] J. L. Borges. "El idioma analítico de John Wilkins", en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 42, citado por Foucault en *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968, p. 1.

[7] J. Derrida. "Les fins de l'homme", en *Marges de la philosophie*, Paris, Minuit, 1972.

[8] *Ibid*, p. 144.

[9] Lyotard, en su libro *La posmodernidad explicada a los niños*, Barcelona, Gedisa, 1987, señala esa formación carrolliana de la palabra. Se acerca a ese paralogismo habitual y por ello al margen de toda sospecha: el futuro anterior, que designa ese tiempo verbal, el antefuturo (el español preserva mejor que el francés -future anterior- el escándalo carrolliano de la palabra valija), 'habrá sido'.

CITAS:

[10] Una buena imagen de este nominalismo vacilante está documentado en el libro de Alain Finkielkraut, *La défaite de la pensée*, París, Gallimard, 1987, y también en la particular lectura que hace Habermas del pensamiento francés contemporáneo que, para él, es una muestra de la orientación de las nuevas elaboraciones de la filosofía francesa,

capaces de negar los fundamentos del proyecto moderno, incompleto desde el iluminismo, se vuelcan hacia el "neo-conservadurismo" (palabra no menos equívoca en el contexto actual, pero cuyo principio constructivo carece de la dinámica de la yuxtaposición carrolliana para fijarse en la morfología habitual de determinador-determinado.)

[11] Frederic Jameson. "Posmodernismo y sociedad de consumo", en V.V.A.A., La posmodernidad, op. cit., p. 183.

[12] En efecto, Jameson escribe: "[posmodernidad] es también, al menos como yo lo utilizo, un concepto periodizador cuya función es la de correlacionar la emergencia de un nuevo tipo de vida social y un nuevo orden económico, lo que a menudo se llama eufemísticamente modernización, sociedad posindustrial o de consumo, la sociedad de los medios de comunicación o el espectáculo, o el capitalismo multinacional" (Frederic Jameson, op. cit., p. 167).

[13] J. F. Lyotard, *Le différend*, París, Minuit, 1983, p. 12.

[14] *Ibid.*, p. 174.

[15] M. Kant, *Crítica de la razón práctica*, Madrid, España-Calpe, 1975, p. 73.

[16] En Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica*, México, Siglo XXI.

[17] Tal vez un ejemplo de éstas es la polémica entre Ilya Prigogine y René Thom a través de un intercambio de artículos en *Le Débat* acerca de la naturaleza de la explicación científica y el destino determinista o no de las teorías.

[18] Frederic Jameson, op. cit., p. 185.

[19] Adorno desmonta detenidamente las consecuencias del pensamiento iluminista en su *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1977 y en el incisivo trabajo que llevó a cabo en colaboración con Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt, Fischer, 1947.

[20] J.F. Lyotard, op. cit., p. 233.

[21] *Ibid.*, p. 238.

[22] J.F. Lyotard, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, op. cit., p. 21.

[23] J.F. Lyotard, *La condition postmoderne*, París, Minuit, 1979, p. 76.

[24] *Ibid.*, p. 76.

[25] Sobre todo *La paz perpetua. El conflicto de las facultades. Prolegómenos a toda metafísica del porvenir.*

[26] J.F. Lyotard, op. cit., p. 9.

[27] *Ibid.*, p. 8.

[28] J. Habermas, op. cit., p. 34.



